

Sintió un dolor punzante por su desengaño.

Sintió una ansiedad infinita por su remordimiento.

Pero de un desengaño brota otra esperanza.

Pero de un remordimiento brota la flor de la virtud.

Y una esperanza es el porvenir.

Y la virtud es la felicidad.



CAPITULO XIX

ARREPENTIMIENTO.

Fernando salió de aquel lugar como atontado y sin saber lo que por él pasaba.

Anduvo algún tiempo por las calles sin reconocer sitio, absorbido en sus pensamientos, mirando su desengaño, sufriendo con sus remordimientos.

Amanecía y el aspecto de la gente honrada que después de dormir con un sueño tranquilo, volvía alegre á sus tareas, hicieron una más profunda impresión en su ánimo y comenzaron á sacarle de aquel estado horrible en que hacía algunas horas se hallaba.

Se estremeció como si al haberse visto rodeado por el mundo material, desgraciado y criminal hubiese tomado una

resolución en cuya ejecución podría tal vez encontrarse la felicidad y la virtud.

Se dirigió lentamente á su habitación, en la calle del Indio Triste.

En la calle del Amor de Dios se sentó en un guardacantón para limpiar el sudor que inundaba su frente.

Después la campana de la Iglesia de Santa Inés, que llamaba la primera misa, despertó en su alma un sentimiento de religión adormecido.

Hacia seis meses que por seguir á Doña Regina, había olvidado todas sus costumbres de niño.

Penetró en la Iglesia con el corazón prensado y los ojos llorosos, buscó el rincón más apartado y allí oyó la misa que diez ó doce pobres mujeres oían.

¿Qué pasó entonces en aquella alma entristecida por una sombría duda? ¿qué pasó en esa hora solemne, en que se halló á solas con Dios y su conciencia, con el recuerdo de pasados errores?

Nadie, ni las graves imágenes que decoraban el modesto altar podrían decirlo.

Sólo que el que había entrado allí con el corazón hecho pedazos, salía de allí consolado.

Había tomado una resolución.

Pero una de esas resoluciones inalterables que influyen sobre toda una vida ó á lo menos sobre todo un presente.

Se dirigió á su habitación, subió silen-

cioso la escalera y cerró la puerta con llave.

Se dejó caer en un sillón y lloró; primero con tibias lágrimas, después con raudales del alma.

Permaneció un momento en silencio y volvía á comenzar sus rotos sollozos.

Eran aquellas ardientes lágrimas, el efecto físico de una causa que estaba en el alma.

Eran una queja contra el mundo y una acusación contra sí mismo, eran un remordimiento y una esperanza, eran un adiós y un consuelo.

Si no hubiera llorado, habría reventado de dolor su corazón.

Hay veces en que el vaso de la existencia está lleno de cenizas y no cabe ya una sola lágrima.

Pero hay veces en que está lleno de lágrimas y un fuerte sacudimiento moral, le vacía desbordándolas.

Así que se hubo librado completamente de aquel peso, que le estaba ahogando dolorosamente, se levantó, bañó con agua pura sus sienes y se dirigió á su bufete para escribir dos cartas; la una decía:

“Señora:

“Me habéis engañado como á un miserable; pero yo os desprecio y bendigo

este engaño que me separa para siempre de vos.

“Tarde os he conocido, pero nunca es tarde para volver á entrar en el camino del bien, del cual me habíais desviado con vuestra fatal hermosura.

“Párto, señora, abrevado el corazón por un horrible desengaño; pero en mi país natal está la luz de la virtud y la calma de la felicidad es la que alumbrá.

“Adiós, señora; que el cielo os quiera perdonar como yo os perdono, todo el mal que me habéis hecho, y haya alguno que os ame tanto como yo amo el bien que con ese mal me habéis causado.

FERNANDO.”

Y puso en el sobre:

“A Doña Regina de San Víctor.”

“En la calle de las Capuchinas.”

Otra, dirigida á su tío, el buen Brigadier Don Rafael, decía:

“Mi amado tío:

“He tomado una resolución que nada hará variar.

“Renuncio la carrera militar, comenzando por hacer dimisión de mi capitánia.

“Si no se me admite, abandonaré mi empleo como un desertor.

“Si usted me ama, como no lo dudo y como hasta aquí me lo ha manifestado con tanta ternura, vea cómo mejor lo arregla con el señor Virrey, porque mañana partiré sin que nada me detenga.

“Adiós, tío mío, gracias por tanto cariño y por tanta bondad.

“Que el cielo dé á usted en felicidad cuanto yo le profeso en cariño.

FERNANDO.”

La rotuló así:

“Al señor Brigadier de las milicias de S. E. el señor Virrey, Don Rafael de Gómez.”

La tercera que el joven escribió llorando, decía:

“Clemencia mía:

“Podría engañarte; pero prefiero no hacerlo, porque á un ángel se le dice la verdad.

“Hace más de un año que no te he escrito, porque, ingrato, te había alejado de mi corazón.

“Pero hoy vuelvo á ti más amante que nunca, pártlo para ir á unirme contigo para siempre.

“En este momento me parece que he
Gil Gomez.—46

tenido un sueño espantoso de un año; pero he despertado por fin, y al despertar te encuentro más pura, más santa, más indigno yo de tu amor de ángel.

“Desvanecida mi pasajera ilusión tan falsa, me encontré solo y desgraciado en la inmensa llanura de la vida; pero volví llorando mis ojos al sitio donde un día abandoné mis creencias, y la luz purísima de tu amor llegó á mí entre las obscuras nieblas de la desgracia.

“¿Me perdonarás?

“Bien merezco tu perdón, porque he sufrido y soy desgraciado.

“Supongo que el clima de Jalapa, donde el Doctor te ha hecho ir á habitar para restablecer tu salud envenenada por una maligna enfermedad, te habrá sentido bien, porque há más de seis meses que mi padre no me habla una palabra de ti.

“Dentro de un momento, acaso antes que ésta llegue, estaré á tu lado para no separarme más.

FERNANDO.”

El joven abrió un cajón de su bufete, sacó de él algunos papeles, besó algunas flores marchitas, que desde su partida de San Roque no había vuelto á ver: besó también aquel retrato, sobre el que la víspera de partir, en el jardín, había ju-

rado á Clemencia no olvidarla, prometiéndole también no apartarle jamás de su corazón; dos juramentos que había violado al vender ese su corazón á una cortesana: Suspendióle á su pecho, abrió uno á uno los papeles.

Eran las cartas de Clemencia.

Eran ese conjunto de palabras que forman la historia más patética y más interesante de una mujer enamorada.

Primero, dulces palabras, tan dulces como un arroyo que se desliza entre flores; después suspiros y lágrimas, como los quejidos que lanza ese arroyo al ensancharse en la llanura, y después amargura, como la de ese mismo arroyo que corre perdido á abismarse en el mar, arrastrando en su curso las flores que se habían dejado mecer blandamente en sus aguas, en la llanura.

Primero flores, después abrojos.

¿Quién podrá traducir al idioma terrestre todo el poema de sentimiento que se realiza en un corazón al hacer tímidamente una confidencia, por medio de un papel?

Nosotros creemos que el amor está en los recuerdos, porque sólo en los recuerdos se encuentra el sentimiento.

¿Y qué especie de amor dejará más recuerdos?

¿El amor de las orgías? ¿el platonismo silencioso?

Nosotros creemos que el segundo amor que se siente en la vida.

Figuraos al través de vuestros tristes recuerdos aquella época de vuestra juventud.

Vivía vuestra familia en el campo en uniforme amistad con la de la mujer que adorabais, á quien llamabais vuestro ángel, como se llama á todas las jóvenes cuando se tienen veinte años.

Era una aldea á corta distancia de la ciudad: permaneciais en esta última durante el día, en la prosa de vuestros negocios ó vuestros estudios; pero en la tarde atravesabais delirando sobre un volador caballo la distancia que de ella os separaba.

Cuando llegabais, ya se afanaban los vuestros en los preparativos de esas fiestas animadas que forman durante la noche las familias de la ciudad en el campo.

¡Oh! y allí eran las confidencias, los juegos á la blanda luz de la luna, el abandono del amor, los proyectos, las promesas, todo ese mundo de los corazones juveniles.

¿Qué sentís de triste, de amargo, cuando unos años después, volvéis á pasar por aquel lugar, deteniéndoos en cada sitio donde halláis todo un orbe de recuerdos; cuando aquella joven se ha casado, se ha muerto ú os ha vendido; cuando habéis atravesado una época de azares y desdicha?

¿Qué sentís?

¡Oh! Dios no debía habernos dejado el espantoso castigo de los recuerdos.

Más valdrían los grandes pesares que sólo tuvieran un doloroso presente, y no ese pasado, que ni está justificado por el llanto.

Porque ¿qué responderéis cuando os pregunten la causa de vuestro llanto, y ésta no esté en una gran desgracia que cualquiera puede ver ó tocar materialmente?

Respondedle que llorabais por un recuerdo.

Idle á revelar todo el martirio que experimentáis con la vista de un objeto; intentad explicarle que debajo del polvo con que los años han ultrajado ese objeto, hay una imagen que otros días fué vuestra gloria; pensad en hacerle leer en cada gramo de ese polvo toda la historia de vuestra vida.

Hacedlo, y ya veréis qué irónica es la carcajada que cubre vuestras palabras, con qué desprecio se contempla la flor marchita más que por el tiempo, por vuestras lágrimas.

—¡Oh Dios mío! ¡tú eres el único confidente del pasado! ¡tú eres el refugio, el amparo de los que no son comprendidos en la tierra!

Fernando al recorrer aquellas cartas las vió al través de las lágrimas que su arrepentimiento le arrancaba.

En una de las últimas se detuvo: databa de un año, porque por un sentimiento de tierna delicadeza, Clemencia cesó de escribir desde que comprendió que era importuna y su recuerdo se había borrado del corazón de Fernando.

Había guardado silencio en vez de suplicar y humillarse, de proferir imprecaciones, ó de aparentar indiferencia, como lo hacen en estos casos las mujeres:

Decía así:

“Fernando:

Aunque en el largo espacio de un año, sólo tres cartas tuyas he recibido, no he tenido grave cuidado, porque he creído que tus ocupaciones no te permiten ya consagrarme tanto tiempo como antes.

Y luego, ¿para qué escribir cuando en el fondo del corazón se sigue amando con el mismo fuego, y es uno el mismo de siempre?.....

En este largo año de mi vida he llorado mucho; pero he esperado mucho también y aun me siento con fuerzas para esperar otro año, que creo será lo que dure á lo más tu ausencia.

He comenzado una obra de manos, en la que debo ocuparme algún tiempo, y esperaré entrenida y alucinada para poder presentarte un objeto que será un primor, y que tendrá para ti el doble mé-

rito de ser obra mía y de ser un testigo de mis suspiros, de mis lágrimas y de mis esperanzas, durante nuestra larga separación.

Sólo una cosa me inquieta seriamente.

He comenzado á estar mala de esa enfermedad que ya sabes padezco desde la infancia, y algunos días he tenido que permanecer en la cama, por orden de mi padre, que se aflige más de lo que debe, tal vez porque me ama tanto; pero yo no me siento tan mala; sin embargo, por darle gusto, le obedezco en todas sus prescripciones.

El otro día, al tomar mi pulso, no pudo evitar un movimiento de cabeza, y me dijo que si continuó así, iremos á pasar el invierno á Jalapa, que tiene un clima más benigno.

Yo te confieso que he estado á punto de llorar; ¿cómo abandonar esta casa y este jardín tan llenos de dulces recuerdos tuyos? ¿cómo abandonar este hermoso lugar, donde encuentro en todas partes la huellas de tus pasos?

Se me figura á veces, durante la noche, cuando me paseo por el jardín, que te estoy esperando como tantas veces te he esperado; cuando toco el piano es tanta mi ilusión de que me escuchas, que muchas veces me vuelvo para hablarte, y al encontrar tu lugar vacío, lanzo un grito, cierro el piano y me pongo á llo-

rar. No he movido los objetos del sitio en que los dejaste, para que cuando vuelvas no encuentres ninguna variación, y sólo creas que despertamos de un largo y triste sueño; pero sin que nada en nuestra existencia haya cambiado: Guardo el mismo vestido que tenía puesto el día que partiste, para no volvérmelo á poner sino el día que vuelvas.

Vaya, te contaré una niñada que me perdonarías, ¿no es cierto?

He sembrado un rosal á quien he dado tu nombre, y cuyas flores han de servir para mi corona de desposada.

De desposada, ¡Dios mío!; sólo el pensamiento de tanta felicidad me hace llorar de alegría.

Casi la mayor parte de las horas del día paso junto de él en el jardín, regando sus tiernas hojillas, protegiéndole con mi cuerpo de los rayos ardientes del sol, de las ráfagas heladas de viento y de las gotas de lluvia.

Perdóname, Fernando; pero se me figura que estoy á tu lado y le hablo de nuestros proyectos, de nuestras esperanzas; me alegro ó me entristezco con él, y ¿lo creerás? parece que me comprende, porque cuando lloro se estremece y cuando sonrío levanta sus hojillas como si participase de mi expansión.

Pronto brotarán sus primeros capullos.

Si tuviese que ir á Jalapa le llevaría conmigo, porque de otra manera se me figuraría que me alejaba de ti.

Mi padre no me habla de ti, ni me dice nada de esto, solamente toma mi mano entre las tuyas para tomar mi pulso con disimulo, y me mira y se sonríe con una risa tan melancólica y tan triste, que por más que hace para ocultármela, no puede disimular la pena que le aflige.

Otras veces, bajo el pretexto de que estoy constipada, aplica su oído sobre mi pecho ó sobre mi cuello, y me hace permanecer en esta postura mucho tiempo.

Después se encierra en su cuarto y permanece largas horas estudiando y preparando alguna amarga medicina, que me hace tomar.

Yo me veo en el espejo y no encuentro en mi cara, como indicio de la enfermedad, más que una completa palidez; pero esto es muy natural, por lo mucho que lloro por ti y lo poco que me distraigo en otras cosas.

Ya volverán los colores á mi rostro cuando tu vuelvas.

Don Esteban viene como antes, y aunque ninguno de los dos hablamos de ti, sin embargo, con disimulo, me da tus noticias.

De quien no se ha vuelto á saber más, es del señor Gil Gómez, que abandonó la aldea al siguiente día que tú, y que

según dices, nunca le has visto en la capital.

¡Pobrecillo, te amaba tanto!

¿Quieres que te diga mi método de vida durante tu ausencia?

Mira: me levanto un poquito tarde, porque mi padre me ha prohibido absolutamente recibir el viento frío de la mañana: me pongo de rodillas sobre el lecho y hago una oración por tu completa felicidad, por que Dios te preserva del mal en cualquier lugar en que te halles. Como Don Esteban ha dicho acá que no era extraño que de un día á otro tuvieses que acompañar al señor Virrey á alguna campaña, hago otra por que no suceda esto: porque si yo supiese que te hallabas expuesto á algún peligro, ¡oh! entonces ni podría vivir. La mañana la paso al lado mi rosalito, hasta que cómo en compañía de mi padre, que me mira y más me mira con tristeza y procura entretenerme hablándome de asuntos divertidos: después pasó algunas horas al piano, tocando las piezas de música que á ti más te gustaban ó algunas veces cantando, á pesar de la prohibición de mi padre que dice que este esfuerzo lastima mi pecho: en la tarde vuelvo á mi rosalito para estar leyendo los libros que contigo leí. Después acompaño á mi padre á su paseo vespertino, y volvemos temprano á casa, porque él teme para

mí el viento frío de la noche. Las horas de la noche las paso bordando lo que te he dicho. A las once me duermo pensando en ti y casi siempre sueño contigo.

A veces sueño que llegas, que te veo descender sobre tu caballo la colina que se ve desde la verja del jardín, acompañado del señor Gil Gómez, como tantas veces te he visto en aquellos días felices.

Otras, te sueño herido, ensangrentado, pálido ó muerto, y entonces despierto anegada en lágrimas.

¡Si vieras lo que soñé la otra noche! cualquiera diría que era un presentimiento.

Soñé que, viéndote llegar, quise salir á tu encuentro y no pude, porque estaba muy mala, que tú veniste y me dijiste con mucha tristeza, tal ver que yo no me movía ni te hablaba:

—¡Pobre Clemencia, está muerta!

Y me sonreí al escucharte.

—¡Y bien muerta!, proseguiste, ¡Clemencia! ¡mi Clemencia!

Yo estaba escuchando, pero no podía responderte.

Entonces tú te alejaste llorando.

Y desperté, oprimido el pecho por una terrible angustia.

Por eso solamente me inquieta mi enfermedad, ¿qué importaría morir al cabo de algunos años de haber vivido á tu lado?

Pero, ¡Dios mío! morir antes de haberte visto, de haberte estrechado entre mis brazos una última vez, sería un castigo espantoso que el cielo no me enviará jamás, porque creo no haberle ofendido de una manera tan atroz.

¡Oh! ven pronto, mi Fernando, porque llorando te espera

CLEMENCIA.”

Las demás cartas eran anteriores á ésta; porque después la niña sólo había vuelto á escribir otra, por ese sentimiento de delicadeza y abnegación sublimes, de que hemos hablado.

Fernando acabó de arreglar las otras cartas de su padre y todos los objetos para encerrarlos en su maleta de viaje.

Después salió para hacer llegar las cartas á su destino y no volvió á su habitación hasta bien entrada la noche.



CAPITULO XX

EN JALAPA

Jalapa es el Edén de ese Edén que se llama México.

Figuraos, los que no la habéis visto una beldad con la frente coronada de flores y reclinada sobre un lecho de rosas, á la falda de un cerro que se llama el “Macuiltepec,” ceñida y refrescada por un río, que después de haberla acariciado con suave rumor, va á abismarse en el mar bajo el nombre de río de la Antigua.

Figuraos una ciudad donde en todas partes nacen flores que adormecen y embalsaman con su blandísimo perfume: donde acarician los oídos y estremecen las fibras del corazón, músicas de arpa ó de un instrumento pequeñito y vibra-